

LA GRAN ADICCIÓN

© del texto: Enric Puig Punyet, 2017
© de esta edición: Arpa y Alfil Editores, S. L.

Deu i Mata, 127, 08029 Barcelona
www.arpaeditores.com

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-16601-54-7
Depósito legal: B 21681-2017

Diseño de cubierta: Enric Jardí
Maquetación: Estudi Purpurink
Impresión y encuadernación: Cayfosa
Impreso en España

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida
por ningún medio sin permiso del editor.

Enric Puig Punyet
LA GRAN ADICCIÓN

Cómo sobrevivir sin internet
y no aislarse del mundo

Nueva edición ampliada

arpa bienestar

A Jana

ÍNDICE

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN	11
INTRODUCCIÓN	18
PHILIPPE Y LA BÚSQUEDA DE EMPLEO	25
CRISTINA Y LAS RELACIONES AMOROSAS	45
DAVIDE Y LA ADICCIÓN	62
JON Y LOS VIDEOJUEGOS	78
NICOLÁS Y LA MÚSICA	95
KAYA Y LA FIESTA	113
WENDA, JÉRÔME Y EL FUTURO	128
PYOTR Y LA SINGULARIDAD	148
HADRIEN, EMMA Y EL CAMPO	161
ENRIC Y LA MUERTE DEL AUTOR	178
ADÁN, EVA Y EL MUNDO 3.0	198
SANDRA Y LA GRAN ADICCIÓN	213
FAQ	227

Sabemos que por cada persona que tiene acceso a internet se crea un nuevo puesto de trabajo y una persona sale de la pobreza. Por lo tanto, en teoría, llevar y conectar a todo el mundo a internet es una gran prioridad nacional, e incluso global.

MARK ZUCKERBERG

El objetivo de Google era organizar la información mundial, hacerla accesible y útil a todo el mundo. No era solamente un buscador. Ahora nos veis hacer otras muchas cosas.

LARRY PAGE

Internet facilita la información adecuada, en el momento adecuado, para el propósito adecuado.

BILL GATES

En el futuro, la gente destinará menos tiempo a intentar que la tecnología funcione, porque será eficiente. Simplemente estará ahí. La web lo será todo, y a la vez no será nada. Será como la electricidad. Si alcanzamos esto, creo que podremos arreglar todos los problemas del mundo.

ERIC SCHMIDT

Internet debe ser un medio de comunicación entre los pueblos que contribuya a la paz mundial. El principal objetivo de la alta tecnología es mejorar el nivel de vida de las personas.

LARRY ELLISON

La tecnología nos está enseñando a ser humanos de nuevo. Ya es visible la evolución de las redes sociales en un mecanismo sólido para la transformación social.

SIMON MAINWARING

Internet es positivo porque nos une, nos conecta. Incluso a las personas mayores. El estar conectado nos prolonga la vida y no solamente añade años a la vida, sino vida a los años.

LUIS ROJAS MARCOS

Dentro de cada uno de nosotros se encuentra un anhelo profundo, innato y casi inefable de encontrar nuestra voz en la vida. La explosión revolucionaria y exponencial de internet es una de las manifestaciones modernas más claras de esta verdad. Puede que internet sea el símbolo perfecto del nuevo mundo, de la economía de la información, de los trabajadores del conocimiento y de los drásticos cambios que se han producido.

STEPHEN COVEY

El móvil permite sobre todo recibir, pero también emitir de una manera que te lleva a un entorno nuevo que es la toma de decisiones en el momento, y esto va a cambiar el mundo: tendrás el poder estés donde estés.

CARLOS BARRABÉS

Tratamos de llegar a las personas que se encuentran lejos mediante los medios digitales, la red y los mensajes cortos.

PAPA FRANCISCO

PRÓLOGO

A ESTA NUEVA EDICIÓN AMPLIADA

En dos mil quince volé a Londres para visitar a Marc, un colega de la universidad que durante tres años estuvo trabajando en una galería en Hackney. Él fue uno de los tantos que se vieron sumamente afectados por las repercusiones que la crisis económica tuvo en el ámbito cultural español y se vio obligado a emigrar en el momento en que su carrera empezaba a alzar el vuelo.

Aunque hacía tiempo que no nos veíamos, no habíamos dejado de mantener conversaciones. Vencimos la distancia gracias a las tecnologías, a Facebook y a WhatsApp. Pero al toparme de nuevo con él le vi distinto, me pareció que estaba en otro mundo, que no era la misma persona con la que había estado enviándome mensajes durante los últimos meses.

La primera noche que estuve en Londres nos fuimos de copas, y entonces me di cuenta del significado profundo de mi primera sensación. Marc no estaba ahí conmigo, estaba en un mundo virtual muy lejos de aquel pub que compartíamos físicamente. Su migra-

ción forzosa provocó que prácticamente toda su vida social se tradujera en comunicaciones a distancia, en mensajes que constantemente reseguían el meridiano hasta la península.

Tanto se acostumbró a relacionarse de esa forma que ya no era capaz de transformar las conversaciones que había mantenido conmigo en línea en otras más reales, cara a cara, dentro de un mismo espacio. Que solo le hablara una persona a la vez era demasiado lineal para sus nuevos hábitos, demasiado simple para la venerada multitarea. Mi colega se veía obligado a interrumpir a cada frase la espontaneidad del momento y el lugar. Cada sonido de su móvil podía ser la aprobación, el pulgar o el guiño definitivo a mil preguntas abiertas en internet. Y supe que eso no solo le afectaba en las conversaciones cara a cara, sino también en el correcto desarrollo de su trabajo, que acabó perdiendo en parte por este motivo. Frente al ordenador, era incapaz de concentrarse más de cinco minutos sin refrescar su página de Facebook, perpetuamente abierta, o sin echar una ojeada al teléfono.

Un año más tarde, cuando nos reencontramos, me contó ya algo preocupado que su dependencia a internet se había extendido a través de plataformas tan dispares como Happn, una aplicación con geolocalizador para ligar, o el popular juego Pokémon Go. Cada vez que su teléfono vibraba por una notificación, le invadía la urgencia de saber si era una chica o un Pokémon quien se cruzaba en su camino

o si, por desgracia, se trataba simplemente de otro mensaje cualquiera.

Esa visita a Londres fue el detonante que me animó a escribir este libro, que me llevó a reflexionar sobre este fenómeno y sobre la gente que, harta de ello, ha decidido desconectar. A pesar de que llevaba tiempo investigando de qué forma las nuevas tecnologías habían transformado nuestra sociedad, hasta entonces nunca me había preguntado en qué punto pasamos a ser dependientes de ellas y de qué formas, a veces negativas, cambiaron por completo los hábitos de personas de todas las edades y de todos los estratos de nuestras sociedades. Desde que me di cuenta de la transformación radical que había sufrido mi colega empecé a preguntarme si nos sería ya imposible vivir sin internet. Si vivir sin él nos aislaría necesariamente del mundo.

Hablar a través de los testimonios de personas que hubieran decidido desconectarse de internet por hartazgo me pareció la manera acertada de enfocar el problema. De entrada, porque sus testimonios podían ofrecer el contrapunto necesario para ver nuestro propio comportamiento desde el otro lado del espejo. Pero también porque reivindicar su voz ofrecía la posibilidad de introducir su discurso en un mundo, el tecnológico, demasiado impregnado de la visión hasta ahora imperante que presenta internet como un bien público irrenunciable, siempre al servicio de sus usuarios. Escuchar los motivos de los

que han decidido vivir sin internet podía servir para ampliar los horizontes sobre la revolución digital y abrir una línea discursiva en paralelo que ayudara a compensar las visiones y poner las cosas en su lugar.

Sin embargo, durante el año y medio que dediqué a localizar a estas personas, me di cuenta de que no abundaban, eran en realmente difíciles de encontrar. Durante todo ese tiempo, y con muchos esfuerzos, no fui capaz de localizar a más de veinticinco exconectados totales, una selección de los cuales es la que conforma este libro.

Hoy, a un año de la publicación de la primera edición de *La gran adicción*, la situación ha cambiado diametralmente: comenzamos a abrir los ojos ante la espiral de reconocimiento a la que nos han arrastrado las redes sociales y con la que tan poco ganamos. Hemos comenzado a advertir que estamos perdiendo progresivamente nuestra habilidad por focalizar y profundizar, que estamos cediendo el control sobre nuestro tiempo, que nos quedamos sin esos momentos vacíos en los que asegurábamos aburrirnos pero en los que en realidad nos cuestionábamos y reordenábamos aspectos cruciales de nuestras vidas. Hemos empezado a asombrarnos de que en ocasiones perdamos incluso la capacidad de relacionarnos cara a cara con los demás.

Yo he sido el primer desconcertado al observar la creciente avidez de exconectados. Los medios de comunicación se han lanzado al unísono a tratar de presentarlos

como una tribu urbana y, a pesar de mi resistencia, en cierta forma lo han conseguido. Si he insistido en no seguir ese camino ha sido por la banalización que ello puede suponer, especialmente si se entiende como una moda y no como lo que es, una sensación de hartazgo que comparten personas dispares, a la que sigue una suerte de epifanía.

Sin embargo, la insistencia de los medios ha conseguido que finalmente puedan emerger estas personas en grupo, efectivamente como una tribu, y eso, a pesar de las consecuencias negativas que pueda tener, también puede resultar enriquecedor por la propagación de esa filosofía. En los últimos meses, a medida que los medios se iban haciendo eco de la existencia de los exconectados, he pasado a recibir semanalmente varios correos y llamadas de personas que me cuentan su necesidad de poner en orden su vida digital y se lanzan, por lo menos durante un tiempo, a la desconexión. Que aumente el grupo no es nada fútil, y es reconfortante pensar que libros como este hayan podido contribuir a ello. Su voz es necesaria.

Y no es necesaria porque la desconexión total sea la mejor de las opciones. Creer esto sería cuanto menos una ingenuidad. Internet está aquí, ha cambiado nuestra forma de relacionarnos y de comunicarnos, para bien y para mal, y el mundo debe aprender a vivir con él, por lo que es preciso trabajar en la reeducación y en el ofrecimiento de las herramientas necesarias para que sus usos sean lo más sensatos posible.

Al mismo tiempo, los exconectados nos pueden ayudar a comprender el sistema en toda su complejidad. Nos pueden ser útiles como contradiscurso en un mundo en que una voz imperante nos ha llevado inexorablemente a la aceptación silenciosa de un sistema llamado internet, con todas las relaciones de poder que lleva implícitas. El problema no está en internet, claro, sino en la carga ideológica que las manos que lo diseñan insuflan en su código genético. Por este motivo las tecnologías son una expresión más de los viejos problemas de siempre con los que tenemos que aprender a vivir.

La renuncia individual a esa tecnología significa poner todo lo dicho en evidencia, significa desprenderse de una venda que tinta de progreso las más reaccionarias formas de poder. En muchos casos, tal renuncia comporta el sacrificio de ciertas comodidades con el fin de abanderar un contradiscurso útil para lograr el equilibrio social. Por este motivo creo que lo que hay que reivindicar con los exconectados es la cuestión de quién controla los discursos y quién controla el ritmo en el que pasan a ser triunfantes.

La gran adicción desea ser un libro para leer pausadamente y sin distracciones, una modalidad de escritura y lectura, de diálogo en definitiva, necesaria hoy más que nunca. La ausencia intencionada de notas a pie de página, de guiones y paréntesis, de números incluso, pretende atraer al lector sobre el mismo texto y ser leído sin distracciones, para

contribuir a recuperar la atención que poco a poco nos está siendo robada.

Dado que este libro desea hacerte sentir mediante su forma lo que explica en su fondo, apaga el móvil, lector, o ponlo al menos en modo avión. Así, a medida que avances en él pasarás a ser también un desconectado como los que recogen las páginas que siguen.

Barcelona, julio del dos mil diecisiete.